

SØNAR



Quiero dedicar este trabajo a mis maestrxs espirituales Amma y Bhagaván.

Agradezco infinitamente el regalo de haberles encontrado,
mostraron un camino para darle sentido y propósito a los que soy.

Prólogo

Este libro nace de una herida y al mismo tiempo, del impulso vital de nombrarla. En estas páginas, Laura se sumerge en las profundidades de su historia personal para recuperar, entre escombros y sombras, los destellos de una voz que durante años permaneció silenciada. Su escritura no es solo relato, es un acto de presencia. Es el gesto de ponerse de pie frente a los propios fantasmas y decirles, con la templanza de quien ha atravesado demasiadas noches: “aquí estoy”. Y en esa declaración, feroz y vulnerable, comienza la verdadera obra de reconstrucción.

Los fragmentos que componen este fanzine funcionan como un mapa íntimo de supervivencia. Allí conviven la infancia quebrada, la pulsión de muerte, la orfandad emocional, pero también la fuerza secreta que empuja a seguir viviendo cuando todo lo demás parece desmoronarse. Cada verso, cada escena biográfica, cada imagen que cae como relámpago sobre el papel, revela el recorrido de un alma que aprendió a habitar su propio cuerpo después de haber sentido que no le pertenecía. La autora escribe desde una memoria rota que sin embargo persiste, obstinada, en su búsqueda de sentido.

Este viaje no es lineal, es espiralado, como lo son las verdaderas transformaciones. La forma primaria de la serpiente que mantiene con vida al planeta, la espina dorsal de nuestro cuerpo, el hilo que nos une como cuerpo colectivo. La voz que narra se adentra en laberintos mentales, dialoga con sus sombras, explora la muerte simbólica y el renacimiento espiritual, buscando en el dolor una puerta hacia lo sagrado. Entre reflexiones sobre la humanidad, el destino, la compasión y la sanación, emerge una visión del mundo donde lo místico y lo cotidiano se entrelazan, donde la caída se convierte en portal y la oscuridad en preámbulo de una nueva luz. Hay aquí una filosofía nacida del cuerpo, un pensamiento que vibra y tiembla porque ha sido vivido.

Quien lea estas páginas encontrará una confesión, sí, pero también un conjuro. No es un texto que se consume: es un texto que exige ser sentido. Laura nos ofrece su biografía desnuda no para exhibirse, sino para recordarnos que todas las vidas, incluso las más heridas, guardan un latido de belleza posible. Que nacer muerta, como ella dice, no impide renacer. Y que escribir —cuando se escribe desde el fondo del ser— es un modo de devolverle al mundo la luz que la vida alguna vez nos arrebató.



NADA

¿Cómo será la vida cuando se disfruta de las cosas?

¿Cómo será experimentar la belleza? ¿Cómo será vivir verdaderamente?

¿Cómo será ser persona?

Soy la única que aún no ve
la naturaleza de mis propios actos
última en llegar a mi
un lacerante cero a la izquierda.

De los ceros a la izquierda
se levantará este mundo
envistiendo al sádico poder
de lxs uno sin alma.

Entre los 7 y 9 años más o menos, sufrí de terrores nocturnos. En el minuto que se apagaba la luz experimentaba un irracional miedo que me poseía por completo. Pese a compartir habitación con mis hermanxs, (éramos cuatro en la pieza) la presencia de ellxs en el mismo espacio no era razón suficiente para sentir el abrigo de una compañía protectora y tranquilizadora. Cada noche se repetía como un loop la misma secuencia, se apagaba la luz y al instante comenzaban mis sollozos: “tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo”. Al principio mi hermana sentía algo de compasión y bajaba de su cama para abrazarme. Rápidamente la compasión se transformó en rabia y desesperación que servía como chivo expiatorio a toda ira contenida, entonces los abrazos cesaron y se convirtieron en insultos y amenazas. Un día tuve el valor de caminar en la oscuridad hasta la pieza de mi madre, separada de la nuestra por solo un metro. Mi padre se había ido de casa, lo cual era motivo de felicidad, por un lado y preocupación por otro. Dada esa circunstancia, por demás pasajera, mi madre dormía sola en una cama grande. Le supliqué que me dejara dormir con ella, pero las suplicas tenían efectos adversos, acrecentaban su hartazgo y apretando los dientes con evidente impaciencia me gritó: “a qué le tenés miedo! ¡No hay nada! Yo insistía aterrada.

En un arrebato espantoso de ira, su alma nublada por la saturación de una vida inmisericorde, saltó de la cama y tomándome del brazo me arrastró por el pasillo. Mis hermanas intentaron detenerla horrorizadas por su reacción desmesurada. Abrió la puerta del patio y me arrojó a la noche y mis demonios, cerrando la puerta detrás de mí. Fueron segundos eternos. Arañé la puerta gritando como si estuviese frente a la mismísima muerte. Incapaz de mirar atrás, sabía dentro de mí que ese ser que aparecía en mis fantasías, atravesaría las paredes para devorarme y provocarme dolor.

La puerta se abrió casi al instante. Mi cuerpo temblaba, mi sistema nervioso estaba en corto. Me dieron una pastilla para dormir. No pude sostener el vaso sin derramar el agua. Todo eso transcurrió en un tiempo inferior a diez minutos, pero el tiempo es relativo y altamente sensible a impresiones, un segundo es capaz de surcar una vida entera. Así se construyen y sostienen los relatos familiares, desde un remoto pasado, a veces incluso ignorado que, sin embargo, encuentra la manera de revivir una y otra vez, plantando bandera en territorios nuevos, colonizando los cuerpos de nuevas generaciones que, siguen construyendo sus vidas y sus voces sobre los escombros de las miserables suertes de los olvidados linajes ancestrales.

Mi madre no fue una mujer horrible, fue de hecho una mujer muy hermosa, demasiado hermosa para su fatídico destino, una vida de incompreensión y sometimiento a la más terrible de las realidades. Fui el alma que ancló su desgracia en este mundo. Esa es mi fatídica impronta que continua el añejo relato de hija odiada. También fue mi pasaje a la soberanía absoluta sobre mi vida y mi cuerpo, la herida que pujó el encuentro con mi alma.

¡Tengo el corazón roto! Sobrevivir miserablemente en una vida que todo el tiempo se ha vivido como de prestado, como si tuviese que pedir permiso para estar y ser. Ver como quienes me rodean han podido servir mejor a sus propias pasiones y placeres, como la vida se les abre prestando oportunidades para experimentar y desenvolverse. Me cuesta tanto salir de mi, volver al mundo. Creo que perdí el norte y no soy capaz de darme cuenta de que me he perdido en los laberintos de mi propia mente, buscando un significado que le de sentido a esta laxa muerte que cada día se cobra mis horas de vigilia y sueño.

Mi vida solo cursó trayectos carentes de derechos. ¿Será necesaria esta agria nostalgia de una vida entera que se mira por la ventana? Añorando lo que nunca fue, lo que nunca pasó, las mujeres que no pude habitar ni ser por escasez de ideas y oportunidades. Por haber nacido muerta, en el tormento de ser nadie, incluso para mi.

El real tormento de la mente marginal es ser su propix captor y verdugx, asesinx de anhelos y sueños.

Nací sola, nací rota, nací ciega y sorda a mi propio cuerpo y voz, con un grito sostenido en el sórdido silencio de mi casa, de mi habitación, que no era mía tampoco, era de todos los que nacieron como yo, en el despojo silente de un cuerpo que existe en la orilla, en el montón homogéneo que huele a calle de tierra y acequia con barro podrido.

Nací muerta y desde la dimensión de la oscuridad asomo ahora, despertando a mi propia condición, despertando a mi propia voz, ahogada miles de años.

Nacer muerta es ni siquiera saber que lo estás, la muerta ciega de sí misma, absurda paradoja de quien vive sin estar viviendo, camina sin orientación propia, como autómata respirando por la contracción espontánea y natural de los pulmones, un acto reflejo sin freno que sucede sin control ni deseo, solo es, solo mantiene la vida como quien está conectada a un respirador automático. Sin saber que se está viviendo, como planta, como planctón, sin consciencia de sí, sin reclamos por la miseria de no saber sentir lo que significa tener un cuerpo capaz de placer o amor. Come sin saber que hay diversidad de sabores y texturas, no conoce su verdadero nombre ni los innumerables nombres que enumeran inaccesibles alimentos. No sabe nombrarse porque no sabe ni siquiera el significado de las palabras que le nombran desde otras bocas, dándole una identidad que también desconoce. Que le contaron por ahí, pero que no es ni por cerca la verdadera esencia que le mantiene en pie, respirando.

Ser un nadie tiene sus extraordinarias ventajas. Nacer a la intemperie de la más oscura ignorancia y soledad, abre la posibilidad de crear verdaderos castillos en el aire. Universos imposibles que se hacen realidad a la luz de la urgente necesidad por habitar ese único mundo que da cuenta de la propia existencia. Nadie hay en los alrededores a quien le interese conocer esos espacios invisibles y secretos, entonces nadie puede romper ni alterar la fractálica realidad de una mente libre de imposiciones ajenas y limitaciones doctrinales de la estrecha sociedad de horror y consumo.

Inspirado en María Sabina, Pachita, Doña Petra, y tantos otrxs abuelos y abuelas medicina que he conocido. Maestrxs del Espíritu que en su sola presencia la vida se transforma. Dedicado a Marcelo Rinaldi quien gatilló estos versos el día de su renacimiento en su mundo original. La amistad es la más revolucionaria forma de vinculación, puesto que está basada en la absoluta libertad.

Creo saber la causa por la cual lxs sanadores no pueden aplicar sobre si mismxs sus dones sanadores. Quien nace destinadx al arte de la sanación, debe ser gestado en un ambiente hostil y precario. Es necesario que un alma conozca el dolor y la oscuridad para saber forjar sobre los demás un camino certero a la alegría y la integración. Pues es su capacidad de sentir compasión lo que abre en otrxs seres una línea temporal favorable y restauradora. En su camino de triste peregrinx por los oscuros laberintos de su mente, la desdicha y desesperación le conectan todo el tiempo con la muerte, energía esencial para la transformación.

Muchxs son lxs que viven la vida en modo desidia, resistiendo la ingratitud de los días y los seres, sintiendo que viven sin razón. Que es mejor fundirse con la fría tierra y ser abono de futura fruta fresca, justificando de alguna manera su paso por este mundo alimentando animales y cosechas. Pero quien nace sanadxr transita esta larga noche de penurias y tristezas ancladx a una nube ligera que en ciertas ocasiones da sentido a los peores trechos de la vida. Una nube viva que le conecta con seres celestiales, amortiguando sus pesares con dulces frases de amor. No mitigan el tormento de vivir, solo acompañan en absoluta reserva, tan sutiles e imperceptibles que parecen no existir. No consienten ninguna queja con regalitos engañosos y aun así ofrecen un sustento muy difícil de explicar. Son estos seres quienes, en su magnífica misericordia propia de otro mundo y otra mente, crean realidades luminosas para todx aquel dispuestx a abrir su corazón, confesando sinceramente sus amargas tristezas.

Más esta virtuosa posibilidad de soporte inmaculado es inocua para quienes portan la gracia de los cielos. Solo es unx servidorx que ha ofrendado su cuerpo y alma a una causa superior. Aunque no lo recuerde en la vigilia de este momentáneo sueño, su destino está sujeto a su sagrada soledad sin sazón. En mis más profundas cavilaciones creo haber dado con la solución a esta bendita paradoja.

La salida del laberinto radica en poder sentir por si mismx la misma intensidad en materia de compasión, que es capaz de sentir por cualquier otrx ser que frente a sus ojos sufre sin reparos. La encrucijada es casi perversa, (aunque ese es un juicio netamente humano y desconectado de la gran mente de Diosx). Devolver hacia sí esos mismos ojos que miran con piedad infinita el dolor de otrxs es de tan difícil realización, que casi todo sanador muere por padecimiento de sus propios males. El sanador herido incapaz de autosanarse, la herida fatal que sostiene Quirón.

La única causa es la orfandad, no hay en su cuerpo recurso alguno que pueda ser germen de autocompasión. No conoce el amor, solo es hijx de susurros de muerte.



PERSONA

La vida pasa repleta de cortinas musicales.

Ese cero que me chupa como agujero negro
no hay vuelta atrás
la aceleración de la luz me succiona haciendo inevitable mi propia muerte
voy agarrando vuelo cada vez más alto
limpiando de mis venas siglos de inhumanidad
sé que al atravesar ese umbral ya no seré la misma
seré la que he venido a ser, la que soy verdaderamente
sin historias retorcidas
sin memorias negras
sin miedo a adueñarme de mi vida y mis formas
sin miedo de vivir.

Cuando llegué arrastrándome por algo que tuviese un mínimo de sentido, no esperé encontrar la salvación.

Mi motivación era muy clara, la muerte estaba asechando en todos los escondites que me quedaban, ya no había otra salida más que la horca. En mi último intento antes de soltar la toalla, fue un agujero negro el que me rescató. Un sol inverso, el sol Amaterazu, luz implotada.

Me dejé caer con miedo, pero entregada. Nada había para perder, cualquier cosa puede ser real o falsa en este mundo, los límites de lo certero se desdibujaron después de tanta perversión y vacío, entre lo real y lo mágico no hay frontera.

El universo de lxs pobres salvajes sin nombre es mucho más que solo desgarro, ignorancia y miseria.

Es tan difícil agarrar el hábito de ser una misma si nunca antes se ha tenido noción de que se vive. Dónde se encuentra una cuando no sabe que existe, que tiene un nombre, un cuerpo. La negación sistemática del ejercicio de habitarse y saber exactamente qué se necesita. Saberse sintiendo y sintiente. Solo puede interpretarse el conocimiento dando luz a las hebras que nos tejen. Imposible saber de qué está hecha la materia y la vida sin pasar cada herida por el tamiz de la consciencia.

La máxima crueldad del sistema está en la tergiversación de la comprensión, contaminada por ideas superficiales que nos arrojan a vivir en los vicios y placeres que corroen el alma, obligándola contra su propia voluntad a traicionarse en nombre de la libertad, condenándola a la absoluta ignorancia de su propia existencia. Razón única de sufrimiento.

A mi me tocó ver la felicidad de otrxs, la libertad de otrxs, por mínimas que parecieran. Mi genio es una onda sinusoidal que va y viene como la señal de internet en países cancelados.

Entre la disociación y el hiperrealismo, entro y salgo de la realidad prestando atención a medias. Nunca estoy del todo en los lugares, pero los puedo sentir con extraña precisión. No me importa el mundo fatal de los anarquistas enojadxs ni los socialistas sin empatía. Quiero paz, el verdadero estado de comunidad cooperativa.

Como un animal herido buscando el lugar perfecto para encontrarse con la muerte, en silencio y alejada de todas las miradas lacerantes que observen con desprecio o con lastima mi deceso inminente, en el cobijo de la tranquila soledad, lista para la confesión ultima antes de dejarlo todo, así me siento ahora, presa alcanzada por la letal vacuidad.

Creí que ya había atravesado la muerte justo cuando la topo de frente, comprendiendo horrorizada mi ingenua percepción de lo que soy. ¿Cuánto dolor es capaz de soportar un cuerpo que jamás nunca ha sido abrazado? La resiliencia del pobre diablo, quien se conforma con las sobras de sus propias sombras, creyendo haber trascendido todos los nombres fatídicos del pasado.

La estocada final, la brutal y sangrienta escena final llega estando de pie frente a mis propios ojos, comprendiendo que soy lo que nunca quise ser. No se puede escapar del destino, no se puede negar lo vivido, no se puede sostener para siempre el peso de todos los desengaños, tarde o temprano debe enfrentarse el sórdido reflejo de la sombra. Hoy entiendo que esa sombra no es ni más ni menos que la muerte. Madre luna, oscura noche. Mi propio reflejo en las aguas calmas revelando con dulzura y suavidad la insoportable decepción.

La capacidad de resistencia es directamente proporcional a la orfandad. Cuando te acostumbras a lo peor entonces difícilmente algo pueda conmoverte o matarte, como las cucarachas. Las formas de sentir el amor son precarias, sofocantes, tortuosas. Ahora llega ese instante en el que, arrodillada en mi rincón, ya ni siquiera con fuerza para suplicar un rescate, un perdón, una luz o redención, siento el vacío de haber apostado todo a un número que no salió. Haber pretendido y creído con el cuerpo entero una verdad que fue un espejismo y enfrentarme cara a cara con mi propia sombra significa, dejar que esa realidad penetre cada célula de este cuerpo que ya no tiene fuerza ni deseos de resistir el peso de los ladrillos de mi propia historia. Hice lo que pude, no todxs partimos la carrera desde el mismo punto.

Al fin me abrazo aceptando lo que soy, mi cuerpo es un desierto, mi vida es un jardín devastado por una guerra. Al final del día siempre la misma escena, a solas con mis pensamientos, sabiendo que nunca pude dar un paso más allá de mi caótico laberinto interior. Tengo el profundo alivio de saber que lo di todo, este es mi 100%, y sé que muchas cosas cambiaron su rumbo gracias a mi abocado esfuerzo por quebrarle la mano al destino, pero no soy heredera de los frutos y tesoros de mi trabajo. No quiero más, he tenido suficiente. Ahora me quedo acá, en silencio, sin moverme, a la espera de lo siguiente. Ojalá se esfume esta impronta maldita de decepción, el primer sentimiento de mi madre cuando supo mi existencia.

Justo en el momento en el que creí haber trascendido la identidad egóica. Justo cuando me disponía a celebrar la victoria de toda una vida entregada al acto de fe supremo de sanar las heridas. Justo en la fecha pactada para dar mi primera cátedra en materia de autoconocimiento, caigo herida de muerte por la mano de quien suponía haber conocido fraternamente. Estoy viendo mi verdadero rostro y en nada se parece a lo que suponía de mi. Nunca había comprendido la altura de mi dolor. Soy dos que se han dado la espalda hasta ahora. Todo lo luminosa que soy guarda su contraparte en una negra y pesada caja de pandora.

La vida es una preparación para enfrentarte algún día a tu verdadero rostro sin máscaras ni anestesia, completamente desnuda y a la intemperie. No puedes correr para siempre, tarde o temprano te enfrentas a lo que eres, con o sin cuerpo mediante. Entonces ahí se acaban todas las respuestas, todas las salidas, todas las mentiras, no tienes donde huir ni que replicar, solo deviene una inmensa necesidad de quedarse quieta y hacer silencio, esperando que la vida pase y por fin te lleve.

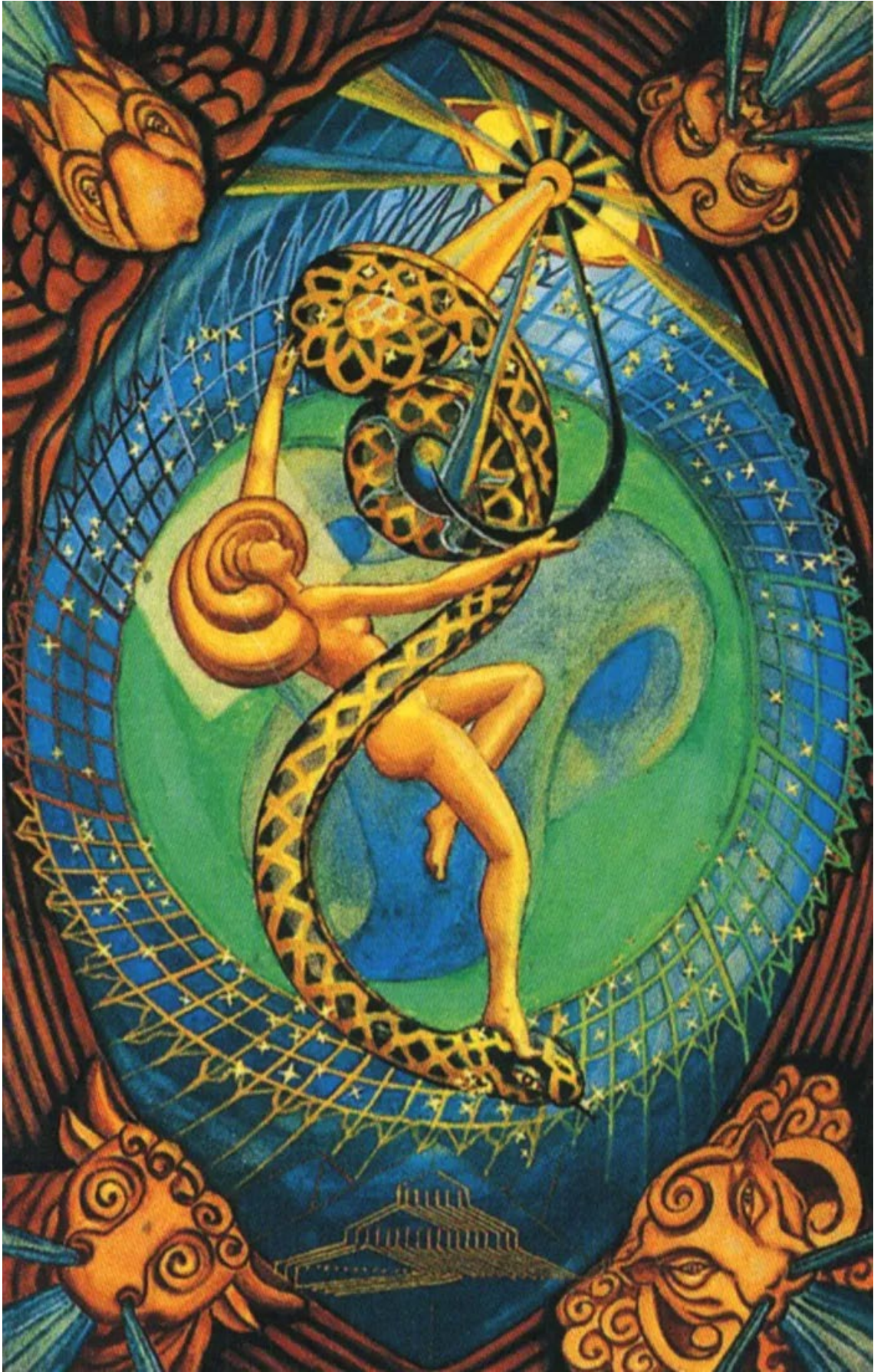
En las buenas es fácil ser sonriente pasajera, decir palabras lindas y elevadas, sentir la presencia de Dios pese a las constantes amenazas. Aunque me he pasado la vida frustrada a la espera de otra vida, ahora cuando todo se contamina por culpa de la indiferencia, cuando la indolencia y la desidia se cobran en sigilo los años maquillados con conversas y canciones lindas, ahora cuando es momento de penetrar el silencio con firmeza y con altura, cedo como rata asediada por el agua en un barco que naufraga, desesperada y a la vez tranquila, o más bien resignada.

Sin sorpresa por el panorama que solo es reflejo de la escurridiza vida, vivida a la insufrible espera de un mañana mejor. Ya no lloro por frustración o rabia, ya me entrego en calma y sin complejos al constante sonsoneo de mi suerte sosegada, ya no puedo sostener la farsa de la buena venturanza, me entrego sin quejas al destino mezquino que hasta ahora me forjó.

Ya no espero que cambie y me demoren las risas en vez de la fatal causa de desamor. Entre tanto olor a hastío de mi sino corrompido por la traición y la muerte, he vivido solo a la sombra de mis antepasados y sin darme cuenta, creyendo que salía, me hundía más y más en el abismo sórdido de mi traumático pasado.

Ya he llegado a la orilla de mi propio precipicio, ya no ansío lo contrario, ya no espero ser distinta, ya no niego haber sido solo hasta este momento y siempre la pulsión de muerte disfrazada de jolgorio, ya me entrego a mi velorio con la última promesa que al fin siento como sentencia irrefutable.

Cuando alcance el suelo frío y espinoso de mi lecho solitario, ¡te juro Padre!!! si esta voluntad que quema mi alma es la misma que la tuya, si esto que siento es reflejo de tus ansias! cuando pase de esta instancia de negra peregrinación, ¡te prometo vivir!!! vivir como nunca he intentado vivir. Vivir de verdad, vivir amando la vida, sin esconderme del sol ni de los sauces, ni de las misericordiosas flores, que aún en las fauces de la guerra siguen floreciendo y perfumando el aire.



HUMANA

El camino es un espiral bipolar, ascendente y descendente al mismo tiempo. Todos estos años de laborioso trabajo interior camino al sol, solo estuve construyendo mi lecho de muerte.

Nada más hermoso que enamorarse de canciones viejas
volviendo sobre otras eras recobrando el pasado
convocando a todas mis mujeres para celebrar acuerdos nuevos
ahuyentando de los sonidos primitivos los recuerdos malos.

Despacio, tramo a tramo
el tiempo me va llevando recostada sobre una nube
canción tras canción voy recordando el pulso original que se libera en mis manos.

Absorben todo de mi hasta no dejar huella
me hago lánguida, me disuelvo
y sin más remedio voy siendo ellas
hasta regresar como quien regresa del infierno
portal sagrado al cisne amigo de la libélula.

Las cortinas musicales son esenciales, siempre tenemos una en el transcurso de la vida. Algunas para cada momento, otras para ocasiones especiales y otras que condensan largos periodos transcurridos.

Esos sonidos internalizados ofician como planos, trazos invisibles en la dimensión del tiempo, que crean los espacios hechos de momentos. Arquitectura sonora de la propia realidad.

Volver a ellos para remasterizar murallas y cimientos es crucial. Puede hacerse mucho más que solo escuchar compungidx o nostalgiosx los pasajes reevocados, siendo gráficos vivos capaces de plasticidad.

Son el medio más eficaz para la remodelación de los días, fuente viva donde habita la raíz de cada nota que vibramos, emociones basales que trenzan y tejen los relatos. Piedra angular de la experiencia trascendente que llamamos cuerpo.

Así también puede diseñarse el futuro deseado, invocando a través de acordes y cantos materiales de construcción, que den forma y consistencia a la sutil edificación, refugio sublime contenedor del alma. Mansión luminosa donde suenen puras melodías de amor.

Mirarme verdaderamente, saber que existo, que puedo sentir más y más, que he llegado hasta aquí sin darme cuenta que tenía un cuerpo que podía experimentar la dicha de sentir sin accidentes fatales. La capacidad de apreciar la belleza con los ojos del alma es un estado de beatitud. La existencia entera es una obra maestra de Dios, bella en sus formas y problemas, bella en su mecánica y funcionamiento, axiomas fijos y leyes eternas que crean el dinámico, entrópico y perfecto universo. En medio de ese caos indescifrable, aparece el mundo y aparezco yo como alma, como ser. Entre música, teorías, artefactos, paisajes, animales, planetas, sistemas solares, vida extraterrestre e intraterrestre. Dentro de ese caos que de alguna manera se ordena para crear un fenómeno llamado materia y después vuelve a desordenarse para ordenarse nuevamente marcando un pulso idéntico a un corazón, sístole/diástole infinitos. Eso somos, un momento efímero de orden dentro del caos eterno que es un orden trascendente incognoscible para la mente humana. La orquestación de la paz es descifrar ese caos dándole un orden armónico a la minúscula porción de vida que encarnamos, ser partitura transformadora que inspire bailar sin pausa, celebrando la oportunidad de sentir y amar.

Que desafío colosal embarcarse en esta travesía de manifestación material, encarnar en esta tierra dominada por el príncipe de las tinieblas. Los satanistas dirán: *“disfrutá lo que más puedas y hacé lo que quieras. Atibórrate de placer carnales sin importar lo que sea mañana, solo se vive una vez”*. Abolida la educación del alma por mandatos patriarcales que desconocen la existencia de la otredad, robándonos durante milenios la voluptuosidad de la sustancia verdadera, extraordinarios beneficios y placeres que implica experimentar un cuerpo libre de culpa y vergüenza. Tal dimensión del ser supera con crecer ese placer ordinario proveniente de nuestro inframundo. Nos han pasado gato por liebre y creyéndonos sabiondxs en cuestiones callejeras, somos títeres de nuestras propias sombras, fieles subordinadas al gran patrón del mal. Hay más vida y erotismo en el silencio y la quietud de un alma autoconsciente que en todas las exaltaciones artificiales de un cuerpo putrefacto por el dolor y el hambre.

Vivir verdaderamente, despertando la carne a las sensaciones de este mundo, habitarse en consciencia plena entregándose a los placeres sensuales siendo alma sublimada en comunión con la verdad. Comer, coger, bailar, sagrados sacramentos con potencial paradisiáco si son transitados en ausencia del ego, que construye sus adicciones apegándose a cualquier ilusión engañosa que le provea un momento de bienestar. El confort del mediocre que no es mediocre en realidad, solo ignora su naturaleza trascendental. La fétida moral impuesta por la inquisición le ha arrebatado el verde bosque oculto debajo de la piel, verdadero legado de las brujas, mujeres libres en su naturaleza frondosa y colorida. Dulces damiselas que caminan con firmeza y determinación, impregnando el aire y la tierra con robusta y poderosa ternura.

La magia transformadora de sus hechizos más temidos es la profunda compasión que nutre sus corazones de conocimiento. Almas purificadas en el fuego vivificador de sus propios infiernos. No hay bestia en el mundo capaz de doblegar o vencer un alma que se encuentra a sí misma, liberándose de los grilletes de la inconsciencia realizando la eternidad.

Se puede nacer y morir muchas veces en esta vida, se puede cambiar de perspectiva, de gustos, espacios, música, ideas. Tantas veces morimos y nacemos. La vida es un constante contraste entre funerales y bienvenidas. Pero la verdadera muerte es solo una vez. No la física, esa es otro loop, réplica fractálica que involucra la sustitución de la carne en el proceso de transformación, recreándose automáticamente en un ciclo interminable de encarnaciones llamado samsara. Cada etapa es un aprendizaje diferente. Como ir a la escuela y pasar de curso aprobando los exámenes o repetir por flojera o falta de interés en aprender las lecciones. Letargo tamásico producto de la alimentación basura que mantiene el cuerpo dormido en la ilusión de separación.

La muerte verdadera es solo una vez en todas las vidas. Representa la liberación del karma, subterfugio del ego. Entonces cuando se disuelve la mezquina percepción que contrae los sentidos, sobornándolos con ilusiones transitorias que solo son sombras en la cueva de una mente prisionera del deseo. Cuando descubrimos el engaño de la máquina de destruir pájaros y sueños celestiales que nos elevan como aves. Cuando somos capaces de romper todo aquello que nos enamora de la identidad alegórica que lapida nuestra libertad, entonces somos dueños eternos de la vida. Somos la vida misma reclamando su derecho innato de ser en todo lo que vive. Abriéndose paso suavemente y sin pretensiones. Silenciosa, amable, amorosa, se refleja a sí misma en cada ínfima porción de todo lo que transita las formas efímeras, de este único y fugaz momento de la consciencia pura e infinita.

He muerto muchas veces pero ahora entiendo que todas esas muertes eran el preludio a mi grandiosa muerte, para dejar de existir como entidad separada de Dios. El fulgor de la identidad efímera puesta en este mundo, escuela del amor verdadero, pues nada más difícil que encontrarlo en un plano tridimensional inmerso en una carnicería de odiosidades y rencores. Todo ser sobre esta dimensión evoluciona a través del amor verdadero. Cuando pierdes el miedo a la muerte entonces vives sonriente, libre de temores. La muerte es esta encarnación aprisionada en una identidad tramposa e insuficiente, que solo aboga por algo para sí misma olvidándose de todo lo demás, comprimiendo la energía en la obsesión por consumir, comida, objetos, personas. Voraces y ciegos creyendo que la gula existencial se saciará con banalidades creadas por el mismo sistema opresor, que fabrica sueños de plástico con apariencias también creadas como necesidades esenciales y básicas, pero también plásticas e insustanciales. El amor como mercancía y moneda de cambio. Estado vegetativo del alma presa de una identidad mundana ignorante de su origen omnipotente. Cuerpo cárcel creyendo ser la experiencia completa de vivir agotada sobre sí misma.

Sonar y sanar es lo mismo, porque el universo mismo es sonido, vibración esencial que da origen a todo lo material e inmaterial, siendo la parte física de la existencia lo más alejado del punto cero o principio pisciano. Densificación máxima de la sutil experiencia del ser incognoscible, omnisciente y omnipresente, música original de las esferas manifiesta a través de un cuerpo.

El cuerpo es conjunción de partículas orquestadas por la vibración más pura del universo, materia prima inasible y escurridiza pero poderosa fuerza que todo puede dominar y hacer. Religa la sustancia esencial tan solo por el deseo de amar amándose a si misma, concretando la vida en todas sus formas, uniendo átomos que solo pertenecen a la dimensión de su imaginario y sin embargo, se hacen biología presente y sólida, cuna y casa del espíritu eterno detrás de todas las cosas.

Vaina efímera y perfecta que confiere la capacidad de sentirlo todo, experimentar la grandiosidad que hay en comer mango fresco, palta con tomate, un helado, una pizza, una torta. Elevar los sentimientos percibiendo el olor a tierra mojada por la lluvia, las patitas de tu bebé, de cachorros de perritos, hojas de ruda y de burro en el mate, la primavera en esta ciudad florida llamada Mendoza. Sentir la vitalidad del viento cuando roza suavemente la piel desnuda. Cerrar los ojos y poder viajar en el tiempo elevándose con las ráfagas furiosas, olvidando por un momento la densidad de la carne, volviendo a la útera insondable que pare todos los atardeceres. Sentir todos los gestos del cuerpo, ojo inmaculado que sirve de pretexto a la consciencia superior, que observa y acompaña nuestro viaje desde dentro y fuera de nuestra piel. Música que hace eco en cada célula que definen nuestras formas, religando las infinitas dimensiones que componen la vida.

Útera cisterna, laguna, rio bravío y océano inefable del tiempo inalterado y el más sombrío también. Todo empieza y termina en el vientre, todo transcurre y sucede en esa bóveda celeste, negra, roja, marrón. Aprender a parirse sin contradicción amerita miles de vidas para perfeccionar el trance, como perfeccionar cualquier arte hasta que finalmente no hay división entre arte y artista, obra y obrador. La entrega sin condiciones a la caída infinita dentro del agujero negro. El ser supremo contraído en la oscuridad del ego, versión insignificante que busca encarnación tras encarnación saciar su inconsciente sed de eternidad, para integrarse definitivamente a su verdadera identidad infinita y atemporal, replegándose sobre sí misma redescubriendo la perdida unidad, volviendo a ser cero en una escala superior para volver a empezar.

Cuando regresé a vivir en mi tierra natal, no era aún consciente de la profunda devastación que provoca vivir ausente. La ausencia fagocita sin tregua cualquier minúscula posibilidad de felicidad verdadera. Aún en los episodios considerados plenos de celebración y vida, un baho persistente anclaba mi alma a un murmullo oscuro y denso, un ostracismo perenne imposible de disipar. Cuando crucé la frontera, sellé en mi corazón ese momento en un acto psicomágico que proclamaba mi libertad. No podía ni siquiera sospechar lo que en el seno de mi habitación aguardaba sigilosamente por mis horas nuevas.

La abundancia de tiempo libre rápidamente se convirtió en aliada de mis pensamientos, pero por sobre todas las cosas, fue recreo para mi cuerpo exhausto por la siniestra explotación laboral y la sistémica violencia de género que no dejaron rastros de mi. Con el paso de los días y los años comprendí lo que jamás hubiese sospechado. Descontaminar mi carne de la sobredosis de cortisol fue un proceso que demoró aproximadamente tres años, los últimos dos sostenidos por el aislamiento obligado que representó la pandemia. El ostracismo del cual siempre había huido tomaba dimensiones colosales. Saber que tendría la oportunidad de quedarme quieta y estrujar sin pausa ni distracciones el tormento de una vida arrebatada por terceros, generó cierta ligereza que contrarrestaba en gran medida las complicaciones propias de estar obligada a la inactividad laboral.

El horror supremo fue justo unos meses antes del aislamiento, cuando presa de la ilusión por recuperar el tiempo perdido y apresurarme a vivir todo lo que no había podido, comprendí que mi retraso no era de años sino de toda una vida. Desde el día en que nació la oportunidad de vivir había sido restringida.

Cómo llegue a darme cuenta de ello... por demanda de momentos excepcionales, por querer darle a mis horas libres experiencias expansivas, por buscar sentirme viva cayendo en los clichés usuales que ha moldeado la sociedad. Ningún programa de todos los que con frenesí se agolparon en mi agenda, logró apagar la fiera impiadosa que desde siempre ahogó mi voz. No me daban las cuentas, al fin tenía lo necesario para redimir el tormento, tenía vida y tiempo y todo lo contrario fue lo que pasó, afebró mi mente con aullidos sórdidos, obligándome a detenerme y darle cara, mirándola a los ojos.

“No sé lo que significa el goce ni la alegría, solo he tenido breves momentos que no alcanzan a saciar ni por lejos las necesidades de un cuerpo sediento de amor y descanso”. Clamé a la Tierra por ayuda para encontrar un momento en el que haya sido capaz de penetrar en cuerpo y alma espacios de absoluta abundancia de placeres. ¿Hubo alguna vez en la que no sentí que vivir se reduce solo a un suplicio?

Encontré un momento que fue mi máximo lujo, dos añitos apenas entre los 20 y 22, la expansión plena de mi alma florida y pura. Recordé ese episodio colmado de dicha sin pausas y me reconfortó inmensamente saber que contaba con recursos de felicidad en mis células. Tenía un registro real, ahora solo debía encontrar la manera de restaurar ese momento exportándolo al presente. Difícil empresa pretender volver a los 20 teniendo más de 40. El diseño de esta vida va pulverizando las dulces fantasías de amor que abriga un corazón joven. Aun cuando todo lo que haya conocido sea dolor y perjuicio, la inocencia pueril de los 20 conserva el rocío matinal propio de lo que recién nace, sueños pletóricos de buenaventuranza y amor.

La respuesta no tardó en llegar, sentí mi alma gritándola como si hubiese estado esperando por más de mil años esa pregunta. “*¿Cuáles fueron mis canciones favoritas en aquel entonces?*”. Con la inmediatez de un rayo la respuesta surcó mi mente “*Luis Alberto Spinetta*” es en mi cuerpo la más profunda memoria que recuerda quien soy. Hay otras melodías y nombres, claro que si, pero en él se conjuga la esencia de mi alma. Cuando escuchaba sus canciones, la inspiración sublime de las imágenes recorría la geografía de mi valle interior, dejando una fulgurosa estela que recordaba remotamente algo, insinuando sus contornos, dejándome impávida y boquiabierta, marcando un camino que sonaba conocido, pero que incipiente entre mis delirios de bosques submarinos e infiernos innombrables, no alcanzaba a ser memoria viva y mucho menos el recuerdo de una historia.

La música es un portal a los confines de la eternidad y también a las impresiones sutiles codificadas en nuestra piel, devolviendo el alma al cuerpo en el instante perfecto en que, entregadxs al deleite de la escucha, se descubre el entramado fundacional de un destino insospechado, que reclama espacio para ser expresión viva en la atmosfera que nos contiene. Mi viaje interior al rescate de mi alma culminó con los discos del flaco, fue en ellos donde comenzó la vida secreta de mis sueños privados. Privados para todo ojo impío que quisiera asomar las narices en mi escondite interior y también privados para mi, por razón de la mezquina suerte que con ahínco me arrebatava de mi cuerpo y de mi. Privaciones que, con los años y la larga comparsa de tribulaciones y tinieblas, fui olvidando casi sin pena, presa del adormecimiento que provoca el exceso de ira y sufrimiento. Sin darme cuenta fui perdiendo el rastro de lo que una vez fue certeza en mi alma nueva, jóvenes anhelos de poesía y amor.

Así buscando desenterrar los huesos de la que fuera en aquel entonces, mi olfato de sabueso vetusto y apagado me llevó al momento exacto en el que mi luminosa juventud, reconocía sin complejos ni demoras el brioso fuego de mi translucida alma blanca. ¡Que alegría magnánima aquel encuentro! Que infierno el tormento de los años vividos en ausencia. Que rabia la inercia obligada de un mundo que dobliga sin que puedas evitarlo, las ansias vírgenes de un cuerpo que apenas comienza.

No fue fácil, debo mencionarlo. De hecho, fue lo más traumático del proceso. Encender la luz y ver con los ojos bien abiertos lo que era. Lloré amargamente durante meses. Maldije la opereta fascista que deja sin sangre la vida de la gente. No es justo existir sin tener acceso a la vida plena, no es justo tener que contentarse con migajas mohosas y fétidas, justificando la tristeza como hecho natural e inevitable en un mundo exageradamente abundante. Cuando hube agotado mis lágrimas, el fuego de mi rabia fue reutilizado como combustible para mis sueños. *“Que me importa el paso de los años, los estatutos y normas del sistema! Me vale verga cuidar las formas en un medio que te condena, yo no voy a ser mi propia hoguera, voy a ser vida con lo que me queda y con cada nueva cosecha que de mi jardín interior, cubriré ríos y estepas para darle a la tierra mi canto transformador”.*

Arremetí convencida, sumergiendo mi cabeza en melodías viejas y modernas. Alimentando mis llanos y montes con manantiales desconocidos hasta entonces que vivían secos dentro de mí, a la espera de ser fuente viva para saciar toda una vida desconociendo mi propia verdad.

Baile, baile, baile, baile la danza infinita de los astros. Conocí la más antigua mujer que vive dentro de mí, la que sabe, la que canta, la que decide lo que vive y muere, la que camina con certeza siendo soberana de su propio destino. Cada herida fue pieza indispensable, cada desengaño y decepción fue monumento al heroísmo de mis propias glorias. La sublime belleza del camino es un canto piadoso que solo conduce al abrazo de Dios, experiencia de redención, unificación con unx mismx.

No hay acción revolucionario más transformadora, que alcanzar la capacidad de ver belleza detrás de absolutamente todas las cosas. Requiere del temple y el valor propios de un guerrerx verdaderx, portadorx de la más noble entre todas las causas, el reconocimiento y la reivindicación del amor en el alma humana sin distinción de razas, credos o absurdas jerarquías sociales y álmicas.

Este libro fue publicado en formato fanzine por Editorial *Cartón enamorado* en febrero del 2026.

15 ejemplares en circulación encuadernados en cartón con diseños en collage manual.

EDITORIAL CARTÓN ENAMORADO

La editorial cartonera *Cartón enamorado* ve la luz a mediados del 2025 como proyecto materializado. Tuvo su génesis como proyecto ideado, vuelto ensayo y error en 2016, en la mente de una estudiante de secundaria: Marcia Castro. El proyecto se concreta para el mundo de la mano de Yamila Medero.

Presenta distintas colecciones: *Lun llena*, *rojo sangre* y *té de jengibre* y galletas.

Su objetivo es dar a conocer autores no publicados y garantizar que el libro como objeto humanitario pueda estar al alcance económico de todxs.
